



Seix Barral Biblioteca Formentor

**Jean-Luc Seigle**

Al envejecer,  
los hombres lloran



## Índice

PORTADA  
DEDICATORIA  
CITA  
9 DE JULIO DE 1961  
EL AMANECER  
LA MAÑANA  
LA TARDE  
EL CREPÚSCULO  
LA NOCHE  
LA MAÑANA DEL DÍA SIGUIENTE  
LA IMAGINOT O ENSAYO SOBRE UN SUEÑO DE  
HORMIGÓN ARMADO  
CITA  
NOTAS  
CRÉDITOS

a Alexis Lahellec  
*por haberme vuelto a abrir el camino  
hacia los años sesenta*

a Jeanne y Ulysse  
*por haberme acogido en su vida como a un hijo suyo*

a Françoise Verny  
*por haberla desobedecido durante tanto tiempo*

*Un obrero es como un viejo neumático,  
cuando revienta,  
ni reventar se le oye.*

Jacques Prévert, *Citroën*, 1933,  
poema en apoyo a la Huelga de los obre-  
ros.

**9 DE JULIO DE 1961**

## EL AMANECER

Hacía ya un calor agobiante. Desnudo, hundido en la cama, con los ojos abiertos, Albert Chassaing apretó el botón del ventilador de plástico azul que había en la mesilla. Una sensación de aire y de frescor. El sudor se enfriaba en su cara, en su torso y en sus muslos. Por fin respiraba. Albert trabajaba «de negro» en la Michelin, en la goma para los neumáticos, la goma fundida que provenía de los heveas de la Indochina profunda, que apestaba y que los ahogaba uno tras otro; el aire removido por el ventilador acudía en su ayuda, pero, de tanto vibrar sobre su piel, acabó por recordarle la existencia de su cuerpo. Era insoportable. Ese cuerpo que Suzanne no solicitaba desde hacía mucho tiempo. De todos modos, cada vez se le ponía tiesa con menos frecuencia. Acabar de repente lo liberaría de todo eso. Pero Albert no pensaba en morir, sólo deseaba acabar de repente. Morir no sería más que el medio.

No era la primera vez que se despertaba con esta idea en la cabeza. ¿Había ahora más razones para hacerlo que otros días, o sólo algo más tranquilizador esa mañana para dejarse invadir por esta idea? ¿Cuándo había empezado esto? ¿Había habido alguna vez en su vida en que esto no fuera así? Quizá después de la muerte de su padre, cuando se había encontrado solo con su madre y su hermana pequeña. Quedaba tan lejos. Tenía entonces quince años. Era en 1923. Y estamos en 1961. Albert experimentaba aún ciertas alegrías, pequeños placeres insignificantes, sensaciones fugaces e intransferibles. El rocío que exhala el olor a tierra. No había nada que le gustara más que ese olor prehistórico cuando volvía de la fábrica muy temprano por la mañana, después de una noche en el infierno de los neumáticos. El

canto de los pájaros en el cerezo, resucitados tras el invierno, o esa manera que el viento tiene de transformar un campo de trigo en un oleaje amarillo y seco. Le gustaban esos minúsculos placeres y otros que a Suzanne no le gustaban, como tener las uñas negras, sudar como un buey y aspirar el olor de las vacas y del estiércol. Era la primera vez que pensaba en la felicidad al mismo tiempo que en terminar su vida. Quizá porque ese deseo del fin estaba arraigado en él desde hacía mucho tiempo, como una bala que se hubiera alojado en su cuerpo sin matarlo. Había conocido a un tipo, Armand Delpastre, que vivió durante muchos años con una bala alemana en el cerebro y que no paraba de decir «¡Yo de metal voy sobrado!», para luego echar una sonora carcajada que mostraba todos sus dientes de oro. ¡Un cachondo, el tal Delpastre! Todo fue bien hasta el día en que a la bala, en tiempo de paz, le dio por acabar su trayectoria; bastó un solo milímetro para matarlo mientras dormía. En Albert, la bala imaginaria estaba alojada muy cerca del corazón.

La fotografía de su boda colgada de la pared, frente a la cama, captó su atención. Con el vestido blanco que caía a su alrededor en forma de columna, Suzanne parecía una de esas antiguas vírgenes con su ramito de gladiolos blancos y lirios que llevaba como a un niño en brazos. Veintidós años más tarde, ella todavía dormía profundamente a su lado, incluso tal vez soñara. Apenas empezaba a amanecer. Aún presentía la noche. Pensó en su anciana madre, quien, en su habitación, al otro lado de la pared, habría pasado otra noche en blanco. Pensó en Gilles, quien seguramente se habría dormido sobre un libro, harto de lectura, como un lactante sobre el pecho de su madre. No pensó en su hijo mayor en Argelia.

Albert era uno de esos obreros que vivían todavía en los pueblos de los alrededores de Clermont y que cogían el autocar cada tarde y cada mañana para ir a la Michelin; todos eran campesinos, pero no habían tenido más remedio que abandonar sus tierras para ganarse un poco mejor su vida y la de su familia en la fábrica. La manera como se habían alimentado sus ancestros durante siglos ya no les daba de comer. Era un misterio. Pese a todo, él seguía siendo un campesino, y siempre se empeñaba en hacer notar la diferencia. Ésa era la razón por la que compartía encantado su tentempié con los compañeros a la hora del almuerzo, sobre todo el embutido que él mismo había hecho. Su jamón era famoso en toda la fábrica, y las felicitaciones que recibía cada vez valían más que todos los cumplidos de su capataz por su trabajo. Al término de sus ocho horas de fábrica, la mayor satisfacción de Albert era volver a convertirse en un campesino, por mucho que trabajar la tierra le supusiera restarle horas al sueño. En invierno, cuando el frío y el mal tiempo le impedían estar fuera, arreglaba despertadores en un pequeño taller que había instalado en su garaje, un cobertizo que había construido a un lado de la casa. Su pasión por la relojería procedía de un fenómeno que lo fascinaba desde siempre, y era el hecho de que un reloj de pulsera o de pared que se paraba o se rompía daba, por lo menos dos veces al día, la hora exacta. Para él, sólo la relojería era capaz de un prodigio así, a diferencia de cualquier otro mecanismo que, una vez averiado, ya no servía para nada.

Pensaba que un hombre debía saber hacer de todo: reparar, construir, cultivar su patatal, ocuparse de su jardín en el que, junto a las legumbres, crecían unas dalias amarillas y unos gladiolos rojos para que su mujer pudiera hacer

sus ramos; alimentar a los animales para comérselos, sobre todo el cerdo, aunque este año no había criado ninguno porque le quedaban todavía dos jamones enteros secándose en el granero, ya que Suzanne prefería el jamón cocido que compraba en la charcutería de SaintSauveur. Este asunto del jamón cocido era una nadería, pero para Albert fue el primer síntoma de resistencia de su mujer al principio que él siempre había declarado: la comida no se compra.

Y aunque la cocina de leña había sido relegada al fondo del garaje y ya no servía más que para cocer las conservas, Albert seguía cortando cada año varios estéreos de leña. ¡Nunca se sabe! ¡A la mínima podría estallar una nueva guerra mundial como la que él se temía entre rusos y americanos y se quedarían todos de piedra! Si ya despreciaba de por sí a De Gaulle por esa idea estúpida de la concentración parcelaria de las tierras agrícolas más que por su obstinación en Argelia, menos crédito les daba aún al joven Kennedy y al viejo Jruschov. Si lo peor estaba por llegar, él quería estar preparado para afrontarlo. Ya había afrontado a los boches veintidós años antes, esto no podía ser peor. Pero esta vez sólo se fiaría de sí mismo.

Jamás había hablado de sus años en la guerra, ni de la derrota militar francesa, y menos todavía de sus cuatro años y medio de cautiverio en Alemania. Por otra parte, nadie le había preguntado nada, ni siquiera su mujer. ¡Cinco años perdidos entre la niebla de la guerra y la landa alemana! Que les den por el culo a todos. ¡Peor para ellos! Todavía se descojonaba del Ejército francés y de su línea Maginot. Acostumbraba a hacer burlas de ello, pero con el tiempo esas burlas se habían hecho cada vez más cortantes, cargadas como vidrios rotos que le traspasaban el corazón. Desde su regreso del cautiverio, necesitó poco tiempo para comprender que, si el mundo había sido devastado en su ausencia, su propio mundo, en Assys, tampoco se parecía en nada al que había dejado a finales de 1939, no sólo por las evidentes razones ligadas a la Historia, sino porque Su-

zanne había traído al mundo a su primer hijo. Henri tenía casi cinco años cuando él pudo cogerlo en sus brazos por primera vez; su alegría de padre duró el tiempo en que levantó a su muchacho del suelo y éste se puso a gritar. Nunca volvió a encontrar el camino hacia ese primer hijo. Sin la presencia de su madre a su vuelta, no habría logrado jamás restablecer su posición en su casa. De eso estaba seguro. En aquella época, Madeleine Chassaing era todavía valerosa y dominaba a la familia; hoy, no era más que una sombra seca que no podía hacer nada sola, ni siquiera lavarse. Ella había regresado a la infancia, y en ese abismo hacia el que se deslizaba todo su ser por entero, su vida desaparecía poco a poco, hasta el punto de borrarle el recuerdo de los hijos que había traído al mundo. Todos los días, Albert constataba hasta qué punto su madre lo olvidaba, y sin embargo, frente al desastre de la memoria materna, el deseo de quitarse la vida le despertaba, paradójicamente, el sentimiento de estar todavía vivo más que ninguna otra cosa en su vida.

Imposible seguir acostado por más tiempo. Apagó el ventilador y se levantó de la cama con cuidado de no hacer ruido. Para no despertar a Suzanne. Entre sueños, ésta había apartado la sábana y dormía casi desnuda con su combinación blanca subida a lo largo de sus muslos de nadadora. Él se entretuvo en la combinación, incapaz de saber si era de seda, de crespón de China, de georgette o de raso. Eran palabras que alguna vez había oído. Sólo sabía una cosa, que brillaba. De repente, el mundo de la ropa interior femenina le pareció un vasto territorio desconocido. ¿Alguna vez había desvestido a su mujer, sentido en sus dedos los tejidos de su ropa, de su combinación, de sus prendas íntimas? No, nunca. Siempre había esperado que lo hiciese ella sola y que luego fuese a juntarse con él en la cama. A él le gustaba la piel.

¡No cabía duda de que iba a seguir haciendo un calor agobiante! La palabra agobiante logró hacerle sonreír. Los primeros rayos de sol encendían las hojas ya quemadas del cerezo, los pájaros cantaban para saludar el nacimiento del día. Era bonito ese cerezo que cantaba y amarilleaba en pleno mes de julio. Era bonito, pero no era normal. Desde la llegada del invierno, nada había sido normal, nunca había habido tantas judías verdes, guisantes, fresas, ruibarbo, nabos, calabazas, espinacas y cerezas. Todo el mundo se regocijaba con esta abundancia, excepto él. La cocina de leña había dejado de zumbar hacia la mitad de la primavera, y Suzanne llevaba ya más de doscientos tarros de legumbres, otros tantos de frutas en almíbar, y ciento cincuenta y tres botes de mermelada. Eso estaba muy bien, hasta él lo reconocía; pero, en el fondo, la abundancia no le gustaba más que la penuria. Sabía que la tierra debía estar a la altura del trabajo y del sudor que ella misma había exigido, ni más, ni menos. Entonces, cuando el cerezo que su abuelo había plantado se cubrió de cerezas en dos semanas hasta el extremo de saturar a hombres y a pájaros, Albert fue el único en comprender que el árbol no tardaría en morir.

Aparte de por toda esa abundancia, Albert estaba sobre todo inquieto por su segundo hijo. Gilles no era como ellos. «Como ellos» no se refería al conjunto de la gente conocida sino sólo a él, a Suzanne y a su primogénito. No era debido únicamente al gusto que ese niño había demostrado muy pronto por la lectura, en una familia en la que nadie leía; también era porque Albert no sabía en lo que ese niño se iba a convertir. Cuando pensaba en el futuro de Gilles, la sola idea lo propulsaba a un espacio no más hostil que éste, pero que él no controlaba. Fue peor después de haberse encontrado con su profesora, la semana pasada. Ésta habló muy desordenadamente de todo, mezclando sus propios proyectos de vacaciones con comentarios sobre el trabajo escolar de Gilles, la ausencia de Gérard Philippe en el Festival de Aviñón, su cansancio, su pasión por el TNP y sobre todo por la tragedia. No podía quejarse: ese verano representaban *Antígona*; no importa qué *Antígona*, la *Antígona* de Sófocles. ¡Ah! ¡Sófocles, señor Chassaing! Finalmente, buscó cómo justificarse por las malas calificaciones en las notas de Gilles y dar un poco de consistencia a la decisión que había tomado de hacerle pasar un examen de ingreso en sexto. Era un castigo. Sí, un castigo. Lo había repetido varias veces, porque para ella no era normal ni aceptable que un niño que devoraba los libros como Gilles cometiera tantas faltas de ortografía. Además de imperdonable, era sobre todo inquietante. Seguía totalmente trastornada con esto, como si su diagnóstico revelase una enfermedad incurable de cuyos síntomas ella se hubiera percatado antes que nadie. Dos palabras ofendieron los oídos de Albert con la brutalidad de esos pájaros que, sin razón, se lanzan contra el cristal de una ventana, dos palabras mucho peores que Sófocles o *Antígona*, de quienes él ja-

más había oído hablar, y eran las palabras Poesía e Imaginación. Ya las conocía, ya las había oído más veces, pero nunca había tenido que emplearlas, ni en el campo, ni en la fábrica, ni en su familia. Era lo único que acababa de comprender. No, de verdad, él jamás había sentido, ni siquiera considerado, la Poesía y la Imaginación en su vida, ni para él ni para nadie. La profesora abrevió su logorrea, reconociendo con mucho gusto que ese sentido de la Poesía y la Imaginación ayudaba a Gilles algunas veces, especialmente en los sainetes que ella montaba con sus alumnos cada fin de curso y en los que Gilles destacaba. Sádica, se regodeó en la idea de haber abierto un espacio tranquilizador para Albert, justo antes de cerrarlo: «Sí, pero de todos modos de él no va a salir un comediante.» Albert no pudo reprimir su asco; la virgen de la gran escuela de la República, la loca del teatro acababa de revelar con toda precisión, a pesar de sí misma, hasta qué punto menospreciaba a sus alumnos, en particular a los de clase obrera. Ella puso término a esa discusión rápidamente, incapaz de hacer frente a sus propias torpezas, lejos de suponer que las palabras Poesía e Imaginación, que ella misma había inoculado en la cabeza de Albert, se expandirían por él como un veneno. Sin embargo, él no concebía mayor imaginación poética que el despertador para recuperar el tiempo que había inventado en sus ratos libres invernales; pero si alguien le hubiese hablado de la poesía de su trabajo de relojero aficionado y hubiese alabado la imaginación de sus creaciones, se habría echado a reír, él que se obstinaba en no ver en sus péndulos y sus despertadores más que simples y fascinantes mecanismos.

En cuanto al asunto del teatro, Albert se acordaba de un artículo en *La Montagne*, al día siguiente de la muerte de Gérard Philipe; allí se decía que el actor era hijo de un famoso abogado. Quizá la profesora tenía razón, después de todo.

A Albert debería haberle tranquilizado saber que su hijo no era mejor alumno de lo que lo había sido él; era incluso la ocasión soñada para dejar caer su frase preferida, con la que ponía fin a cualquier conversación embarazosa: «Qué quiere que le diga, nosotros somos obreros.» Nosotros, nunca yo. «Nosotros somos obreros» para decir «nosotros no somos *más que* obreros». Pero, en lugar de eso, aquella revelación, sumándose a su deseo íntimo de acabar de una vez, prendió la mecha de la sucesión, de la transmisión. Sí, se podía suceder a un padre zapatero, o a un padre campesino, o incluso a un padre médico o notario, pero no se podía suceder a un padre obrero. Conocía, no obstante, a hijos que se habían hecho obreros a su vez, pero no lo hacían por amor al oficio, era por amor al padre, para demostrarle que no se había equivocado en su vida. Mira, no eres nada, pero yo quiero ser como tú. Y si piensas que no eres nada, yo no quiero ser más que tú. Sí, todo eso era muy bonito, pero ¿en qué tipo de hombre te convertías? Hagan lo que hagan, los hijos de obreros están siempre atrapados, por mucho que, bajo capa de vivir en otros tiempos, acaben por romper con sus orígenes hasta olvidarlos, hasta renegar de ellos, como era el caso de Henri y su pasión por la construcción de puentes hidráulicos que tanto enorgullecía a Suzanne, como si ella tuviera la menor idea sobre puentes y viaductos. Eso todavía podía comprenderlo y soportarlo, aunque también se preguntaba qué tipo de hombre acabaría siendo. Pero aquel día, más allá de la cuestión de la ortografía, esas dos palabras, Poesía e Imaginación, suponían la expulsión de su hijo hacia un futuro repleto de cosas tan desconocidas como aparentemente maravillosas, pero que le eran aún más extrañas que los estudios de Ingeniería de Henri. Gilles lo impresionaba.